

MANUEL PEREZ LEDESMA, *ed.*

La
HISTORIA 93
en el

Manuel Pérez Ledesma
Antonio Morales Moya
Carlos Serrano
Frances Lannon
José Álvarez Junco
Marta E. Casaús Arzú

toda Historia, la Historia

MARCIAL PONS
Madrid, 1994

Indice

<i>Introducción</i>	11
Manuel Pérez Ledesma	
<i>Formas narrativas e historiografía española</i>	13
Antonio Morales Moya	
<i>La historiografía francesa en 1993</i>	33
Carlos Serrano	
<i>Tendencias recientes en la historia social británica</i>	45
Frances Lannon	
<i>Ciencias sociales e historia en los Estados Unidos: El nacionalismo como tema central</i>	63
José Álvarez Junco	
<i>Historia y Ciencias sociales en América Latina</i>	81
Marta E. Casaús Arzú	
<i>Críticas</i>	107

Noticias:

A) Obras generales.....	181
B) Historia de los países europeos.....	200
C) Historia de España. Economía, instituciones, evolución política	212
D) Historia de España. Cultura y mentalidades.....	236
E) Historia regional.....	249
F) Historia de América. Historia del mundo árabe e islámico	286

Introducción

Manuel Pérez Ledesma

Continuar la serie de volúmenes dedicados por la revista Ayer al análisis de la producción historiográfica supone una tarea tan atractiva como de difícil realización. No es fácil seleccionar, del conjunto de obras que aparecen a lo largo del año, las que merecen ser recogidas en el reducido espacio disponible: no sólo por las limitaciones en la información al alcance del compilador, sino también por la escasez de tiempo para valorar la importancia de las distintas aportaciones. Tampoco resulta sencillo cumplir con el objetivo general que en la presentación de la revista se plantea: es decir, comentar a través de varios artículos los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores tanto en España como en el resto de Europa, e incluso en el continente americano. En este caso, el problema no se encuentra sólo en las limitaciones de espacio y la premura de tiempo, sino sobre todo en la dificultad para encontrar colaboradores con información suficiente sobre territorios tan amplios.

A pesar de esas evidentes dificultades, el presente número ha tratado de ajustarse en el mayor grado posible a los objetivos mencionados. Bien es verdad que para ello ha sido necesario dedicar los artículos a algunos países especialmente relevantes por su proximidad e influencia en nuestra historiografía; y también limitar su contenido a aquellas cuestiones que en el último año han ocupado un lugar relevante —al menos, en opinión del compilador— en el debate historiográfico de los países respectivos. El resultado de esta doble se-

lección, espacial y temática, son unos trabajos —redactados por los profesores Antonio Morales Moya, Carlos Serrano, Frances Lannon, José Álvarez Junco y Marta Casaus— que, sin aspirar a una casi imposible visión universal, al menos permiten tomar el pulso de la historiografía contemporánea en el año que acaba de terminar.

Hay, por supuesto, importantes vacíos en este recorrido. Las críticas y noticias servirán, al menos en parte, para paliar tales limitaciones. Se ha procurado dar cabida en ellas a publicaciones dedicadas a países europeos (Italia, Portugal) o a territorios extra-europeos (Argentina, el mundo árabe e islámico) de los que no se hacía mención en los artículos. Con el fin de facilitar la consulta, críticas y noticias aparecen ordenadas en grandes bloques temáticos, tal como se indica en el índice con relación a las segundas. Dentro de cada bloque, se ha seguido en la medida de lo posible el orden cronológico. El editor habría deseado incorporar un índice de títulos de las obras comentadas, pero las limitaciones de espacio lo han hecho imposible. Al lado de las obras aparecidas durante el año al que se refiere el volumen, se han incorporado excepcionalmente algunos libros publicados en 1992, pero que al haber sido distribuidos en fechas muy tardías de dicho año, o incluso en 1993, no quedaron recogidos en el tomo anterior de esta serie.

Como en los años precedentes, el presente volumen es el fruto de un trabajo colectivo de un alto número de historiadores, que han dedicado parte de su tiempo y su esfuerzo no sólo a la redacción de artículos, críticas y noticias, sino también a suministrar al compilador información que sin su ayuda difícilmente habría conseguido. Quede constancia aquí de mi agradecimiento por tantas y tan desinteresadas ayudas.

Formas narrativas e historiografía española

Antonio Morales Moya

El historiador «representa» la realidad de variadas maneras, según trate de describir situaciones, analizar procesos históricos o «contar historias»¹. En síntesis, la historiografía actual muestra dos formas o paradigmas de investigación: las llamadas «historia tradicional» e «historia científica», cada una de las cuales «posee un grupo de tradiciones que define los criterios de excelencia y un conjunto de problemas considerados las materias apropiadas de investigación; cada uno posee su propia metodología y su propia colección de conceptos intelectuales»².

La «historia tradicional», para Furet, obedece a la lógica del relato de una narración con principio y fin, que organiza los hechos a partir de una escala temporal en la que lo anterior explica lo que viene a continuación, siendo su modelo la «historia política», ámbito por excelencia de la libertad y el azar³. La «historia científica» es aquella que al centrarse en las estructuras, recurriendo a lo serial, lo estadístico, lo informático, ya no produce narraciones sino análisis abstractos, siendo su expresión, por consiguiente, analítica, integrando fórmulas y cifras, definiendo modelos y estableciendo generalizaciones. Por su parte, Fogel, amplía el concepto de «historia tradicional» que, desbordando el universo de Ranke, centrado en el carácter par-

¹ WHITE, *El contenido de la forma*, Barcelona, 1992, p. 18.

² FOGEL y ELTON, *¿Cuál de los caminos al pasado?*, Méjico, 1989, p. 67.

³ Cfr. FURET, «En marge de "Annales"», *Le Débat*, 17 (diciembre 1981), p. 118.

ticularista de la historia, incluye la obra de quienes —marxistas, «analistas»...— aspirando a recoger el conjunto de la experiencia humana encuentran el «marco conceptual para ordenar el todo» en la interpretación económica de la historia o en las concepciones sociológicas y culturales derivadas de las ciencias sociales. La «historia científica» se reduce entonces, teniendo en cuenta la materia, los tipos preferidos de testimonio, las normas de prueba, el papel de la controversia, las actitudes ante la colaboración y la comunicación con el público interesado, a la «cliometría», caracterizada por aplicar «los métodos cuantitativos y los modelos conductuales al estudio de la historia». Este enfoque conduce en ocasiones «a representar el comportamiento histórico mediante ecuaciones matemáticas y luego a buscar la prueba, generalmente cuantitativa, capaz de verificar la aplicabilidad de estas ecuaciones o de contradecirlas»⁴.

Desde la perspectiva «científica», cualquiera que sea la forma en que la entendamos, la explicación histórica, dejando a un lado la narración por considerarla «metodológicamente deficiente» (White), tiende a articularse sobre el modelo del «saber matematizado» del positivismo lógico, del modelo nomológico, siquiera sea «debilitado»: «leyes», generalizaciones, modelos, conceptos, es decir, un cierto orden regular de hechos, fundamenta la verdadera tarea del historiador, la explicación⁵.

Hace ya bastante tiempo que ambas tradiciones, sin abandonar del todo «su guerra cultural», tienden a confluír y a complementarse. Nadie afirma que las leyes generales cumplan análogas funciones en las ciencias naturales y en la historia y se abandona el «Converging Law Model» de Hempel, fundado en el empirismo lógico, para el que todo fenómeno histórico se explica como un supuesto concreto de una ley general. «Explota», en términos de Ricoeur, el «modelo nomológico-deductivo» de explicación, abandonado ya por Dray y superado definitivamente por Danto, quien, consciente de que la narración histórica organiza y al mismo tiempo interpreta, lleva la *Analytical Phi-*

⁴ FOGEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁵ Cfr. CHARTIER, «Débat sur l'histoire», *Esprit. Paul Ricoeur*, 7-8 (julio-agosto 1988), p. 261; MEGILL, «Relatando el pasado: Descripción, explicación y narrativa en la historiografía», *Historia social*, 16 (primavera-verano 1993), pp. 72 y ss.; MORALES MOYA, «Biografía y narración en la historiografía actual», *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, p. 235, y «La epistemología histórica de Paul Veyne», *Arbor*, 487 (julio 1986), pp. 82-84.

losophy of History, en opinión de Habermas, al «umbral mismo de la hermenéutica». Explicación y comprensión no tienen por qué ser excluyentes. Estos cambios van acompañados de intentos de establecer la peculiaridad narrativa del discurso histórico (Gallie, Hayden White...), así como por las teorías postempiristas de la ciencia (Hanson, Kuhn, Toulmin...) que, poniendo fin a la separación contexto de descubrimiento/contexto de justificación, «introducen la relevancia de la comprensión en las ciencias naturales». Finalmente, la tradición hermenéutica, «representante principal de la tradición reflexiva del pensamiento contemporáneo», se abre, después de Heidegger, con Ricoeur, Habermas o Gadamer, a nuevos supuestos que rompen con su versión romántica e historicista, rectificando el «dualismo ciencias naturales/ciencias del espíritu», insistiendo en «la mediación simbólica de la comprensión frente a su caracterización psicológica» y rechazando «la autoconciencia objetivista en las ciencias humanas»⁶.

La nueva situación epistemológica corresponde, cabe decir, al fin de los «metarrelatos», es decir, de los «grandes relatos» que han caracterizado la modernidad. Las grandes teorías, los métodos abstractos no pueden aplicarse a la complejidad de la realidad social, eliminando al individuo con sus pasiones, su subjetividad, a la riqueza, hondura y complejidad de la vida, incluyendo «lo cotidiano»: «ese espacio donde se manifiesta “el peso del mundo”, la necesidad de una existencia que siempre va por delante de lo que podamos pensar sobre ella» (Juan Insúa). Elton ha mostrado, en este sentido, los riesgos —lo que no significa, ciertamente, su invalidación— de la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a la historia, refiriéndose especialmente a la «prosopografía»⁷.

La posmodernidad resulta ser, así, la época del cambio constante, de la aceleración temporal, de la cultura dispersa. Concluida la idea de una racionalidad central de la historia, las «visiones del mundo» se multiplican, versando los análisis sobre espacios culturales

⁶ Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», *Ayer*, 6 (1992), p. 18; VON WRIGHT, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1980, p. 55; VÁZQUEZ GARCÍA, «La transformación contemporánea de la hermenéutica y el estatuto epistemológico de la historia», *Fragmentos de filosofía*, 2 (1992), p. 165; RODRÍGUEZ, *Hermenéutica y subjetividad*, Madrid, 1993.

⁷ Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», pp. 15-16; BERTAUX, «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS y SANTA-MARÍA, *La Historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, 1993, p. 169; FOGEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 173 y ss.